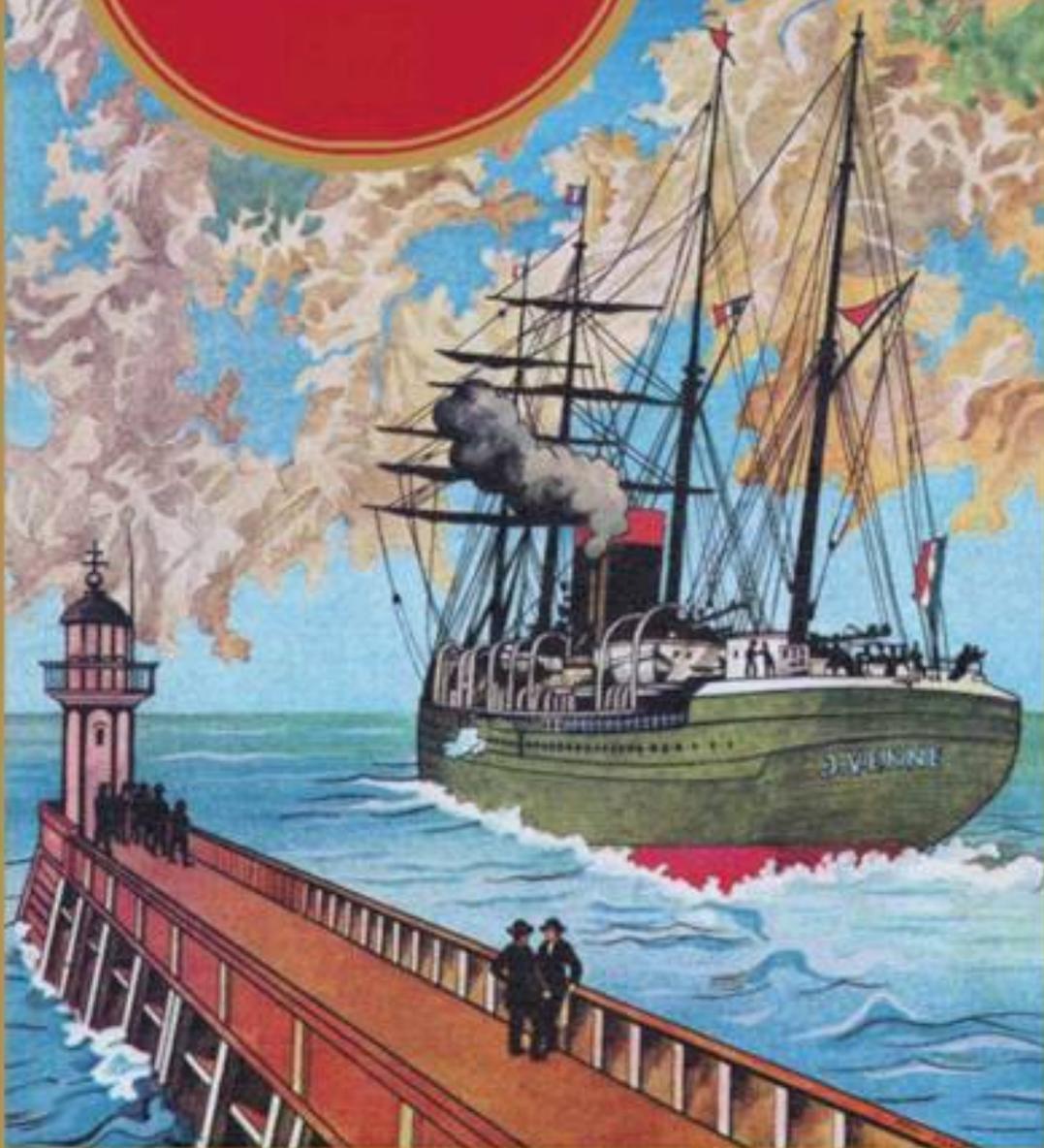


A decorative border at the top of the cover features various nautical tools and equipment in a golden-yellow color against a red background. The items include a compass, a sextant, a telescope, a ship's anchor, a coil of rope, and a small bottle.

JULES VERNE

CLOVIS
DARDENTOR



Los primos Jean Taconnat y Marcel Lornans viajan por barco desde Cette (Francia) hasta Orán (Argelia) para unirse a un regimiento francés. En el barco, hacen amistad con Clovis Dardentor, quien viaja con los Désirandelle para verificar el matrimonio del distraído Agathocles con la hermosa y refinada Louisea Elissane.

Rápidamente, Jean observa que Clovis no tiene heredero, y considera un desperdicio que la fortuna del estrafalario Clovis pueda caer en manos del insoportable Agathocles. A la par, ya en suelo africano, Marcel piensa que sería una lastima que la hermosa Louise pudiera terminar sus días con ese joven que sólo piensa en comer. Así, los primos inician sus respectivos planes: uno, conquistando a la dama; y el otro, buscando la oportunidad de salvar la vida de Clovis para que éste lo adopte legalmente, cosa que se ve muy difícil, pues Clovis es una persona muy fuerte y goza de estupenda salud.

EDICIÓN ILUSTRADA CON 45 GRABADOS

I

En el que el principal personaje de esta obra no es presentado al lector

Cuando los dos se apearon en la estación de Cette, del tren de París al Mediterráneo, Marcel Lornans, dirigiéndose a Juan Taconnat, le dijo:

—¿Qué vamos a hacer mientras esperamos la partida del paquebote?

—Nada —respondió Juan Taconnat.

—Sin embargo, según la *Guía del viajero*, Cette, aunque no antigua, es una ciudad curiosa. Es posterior a la creación de su puerto, el término del canal Languedoc, debido a Luis XIV.

—¡Y tal vez lo más útil que Luis XIV ha hecho durante su reinado! —respondió Juan Taconnat—. Sin duda el Gran Rey preveía que acudiríamos a embarcarnos aquí hoy 27 de Abril de 1895.

—Ten formalidad, y no olvides que el Mediodía puede oírnos. Me parece lo más sabio que visitemos a Cette, puesto que en Cette estamos, sus canales, su estación marítima, sus doce kilómetros de muelles, su paseo regado por las límpidas aguas de un acueducto...

—¿Has concluido?...

—Una ciudad —continuó Marcel Lornans— que hubiera podido ser otra Venecia.

—¡Y que se ha contentado con ser una Marsella en pequeño! —respondió Juan Taconnat.

—Como tú dices, mi querido Juan, la rival de la soberbia ciudad provenzal; después de ella, el primer puerto franco del Mediterráneo que exporta vinos, sal, aguardientes, aceites, productos químicos...

—Y que importa pesados como tú —respondió Juan Taconnat volviendo la cabeza.

—Y también pieles, lanas de la Plata, harinas, frutas, bacalao, maderas, metales...

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó el joven, deseoso de escapar a aquella catarata de detalles que caía de los labios de su amigo.

—Doscientas setenta y tres mil toneladas de entrada y doscientas treinta y cinco mil de salida —añadió el despiadado Marcel Lornans—, sin hablar de sus talleres de salazón de anchoas y sardinas; de sus salinas, que producen anualmente, de doce a catorce mil toneladas; de su fábrica de toneles, tan importante que ocupa a dos mil obreros y fabrica doscientos mil barriles.

—En los que yo desearía fueses doscientas mil veces encerrado, amigo parlanchín. Y hablando en serio, Marcel, ¿qué puede interesar esa superioridad industrial y comercial a dos jóvenes que se dirigen a Orán con la intención de incorporarse al 5.º de cazadores de África?

—Todo es interesante en viaje —afirmó Marcel Lornans.

—¿Y hay en Cette bastante algodón para que pueda uno taparse las orejas?

—Paseando lo preguntaremos.

—El *Argelés* parte dentro de dos horas —dijo Juan Taconnat—, y en mi opinión lo mejor es ir directamente a bordo del *Argelés*.

Y tal vez tenía razón. ¿Cómo visitar con algún provecho en dos horas aquella ciudad siempre en auge? Preciso hu-

biera sido ir a la balsa de Thau junto al canal, al fin del cual está construida; subir por la montaña calcárea, solitaria entre la balsa y el mar, ese pilar de Santa Clara, ese flanco en el que la ciudad está dispuesta en forma de anfiteatro, y que las plantaciones de pino convertirán en bosque en un próximo porvenir. ¿No merece detener al turista durante algunos días aquella capital marítima sudoccidental que comunica con el Océano por el canal del Mediodía, con el interior por el canal de Beaucaire, y a la que dos líneas férreas, la una por Burdeos, la otra por el centro, unen al corazón de Francia?



Marcel Lornans, sin embargo, no insistió más, y siguió dócilmente a Juan Taconnat, al que precedía un mozo empujando la carretilla de los equipajes.

Tras corto trayecto llegaron al antiguo dique. Los viajeros del tren, que se dirigían hacia el mismo sitio que los dos

jóvenes, estaban ya reunidos. Gran número de los curiosos, a los que siempre atrae la marcha de un barco, esperaban en el muelle, y no sería exagerado calcular el número en unos ciento para una población de 36.000 habitantes.

Ésta posee un servicio regular de paquebotes para Argel, Orán, Marsella, Niza, Génova y Barcelona. Los pasajeros nos parecen muy avisados dando la preferencia a una travesía que favorece el abrigo de la costa de España y del archipiélago de las Baleares en el Oeste del Mediterráneo.

Aquel día unos cincuenta iban a tomar pasaje en el *Argelés*, navío de dimensiones modestas —de ochocientas a novecientas toneladas—, que, dirigido por el capitán Bugarach, ofrecía todas las garantías deseables.

El *Argelés* con sus primeros fuegos encendidos, y lanzando por su chimenea un turbión de humazo negro, estaba amarrado en el interior de la vieja dársena, a lo largo del muelle de Frontignan. Al Norte se dibuja, con su forma triangular, la nueva balsa, en la que termina el canal marítimo. En el opuesto está la batería circular que defiende el puerto y embarcadero de San Luis. Entre éste y la llave del dique de Frontignan, un paso fácil da acceso a la antigua dársena.

Los pasajeros embarcaban por el muelle, en tanto que el capitán Bugarach vigilaba la colocación de los fardos bajo el puente. La cala, llena, no ofrecía un lugar vacío con su cargamento de aceite, de madera, de carbón, de salazones y de los vinos que Cette fabrica en sus almacenes, fuente de una exportación considerable.

Algunos viejos marinos, con los rostros curtidos por la brisa, los ojos brillantes bajo espesas cejas, gruesas orejas orladas de rojo, balanceándose como si estuvieran sacudidos por constante vaivén, hablaban y fumaban en el muelle.

Lo que decían era agradable para los pasajeros, a los que una travesía de treinta a treinta y seis horas no deja de emocionar.

—Buen tiempo —afirmaba uno.

—Brisa del Noroeste, que se mantendrá según parece —decía otro.

—Debe de hacer buen fresco en las Baleares —concluía un tercero sacudiendo la ceniza de su pipa.

—Con este viento el *Argelés* andará sus once nudos por hora —dijo el piloto, que acababa de tomar posesión de su puesto a bordo del paquebote—. Además, con el capitán Bugarach no hay nada que temer. El viento favorable está en su sombrero, y no tiene más que descubrirse para lograrle.

Aquellos lobos del mar mostraban mucha seguridad.

Pero ¿quién no conoce el refrán marítimo que dice: *Quien quiera mentir que hable del tiempo?*

Si los dos jóvenes no prestaban más que mediana atención a estos pronósticos o si el estado del mar no les causaba inquietud alguna, la mayor parte de los pasajeros se mostraba menos indiferente o menos filósofa. Algunos sentían perturbados el estómago y el cerebro aun antes de haber puesto el pie a bordo.

Entre estos últimos, Juan Taconnat hizo fijarse a Marcel Lornans en una familia que sin duda iba a debutar sobre la escena un poco movida del teatro mediterráneo, frase metafórica del más jovial de los dos amigos. Esta familia constaba de padre, madre e hijo. El padre era un hombre de cincuenta y cinco años, de cara de magistrado, por más que no pertenecía a la magistratura, patillas en forma de chuleta, la frente poco desarrollada, baja la estatura, unos cinco pies y dos pulgadas gracias a los zapatos de alto tacón; en una palabra, uno de esos hombres gruesos y pequeños, comúnmente designados con el nombre de «tapones de alcuza».

Vestía un terno de gruesa tela con diagonal dibujo, una gorra con orejeras cubría su cabeza canosa, y en una de sus manos llevaba un paraguas metido en su luciente funda, y

en la otra la manta de viaje de atigrado color, rodeada por una doble correa.

La madre tenía sobre su marido la ventaja de dominarle en algunos centímetros: era una mujer alta, delgada, de amarillo rostro, aire altivo, sin duda a causa de su elevada estatura; los cabellos peinados en bandas, de un negro sospechoso cuando la mujer se acerca a los cuarenta; la boca delgada, las mejillas manchadas de un ligero humor herpético, y toda su importante persona envuelta en una capa de lana oscura forrada de *petit gris*. Un saco con cerradura de acero pendía de su brazo derecho, y un manguito de piel imitación de marta de su brazo izquierdo. El hijo era un joven insignificante, llegado a la mayor edad hacía seis meses, rostro inexpresivo, cuello largo, lo que, junto a lo demás, es frecuentemente indicio de estupidez nativa; bigote rubio que apuntaba; ojos sin vida, con anteojos de gruesos cristales de miope; cuerpo descuajaringado, sin saber qué hacer de sus brazos y piernas, por más que hubiera recibido lecciones de buenos modales; en una palabra: uno de esos seres nulos o inútiles que, para emplear una locución algebraica, llevan en sí el signo «menos».

Tal era aquella familia de vulgares burgueses. Vivían de una docena de miles de francos de renta proveniente de una doble herencia, no habiendo, por lo demás, hecho nunca nada para aumentarla, ni tampoco para disminuirla. Naturales de Perpignan, habitaban una antigua casa sobre la Popinière, que alarga la ribera de Tet. Cuando eran anunciados en alguno de los salones de la Prefectura o de la Tesorería general, se hacía de este modo: «El señor y la señora de Desirandelle, y el señor Agatocles Desirandelle».



Llegada al muelle ante el puentecillo que daba acceso al Argelés, la familia se detuvo. ¿Embarcarían inmediata-

mente, o esperarían paseándose el momento de la partida? Gran cuestión en verdad.

—Hemos venido demasiado pronto, señor Desirandelle —dijo la señora con disgusto—. Siempre te pasa lo mismo.

—Y tú no dejas nunca de regañar, señora Desirandelle —respondió el caballero.

La pareja se llamaba siempre «señor y señora», lo mismo en público que en privado, lo que sin duda creía el colmo de la distinción.

—Vamos a bordo —propuso el señor Desirandelle.

—¡Una hora más —exclamó la señora—, cuando tenemos que permanecer tantas en ese barco, que ya se balancea como un columpio!

En efecto, aunque la mar estuviera, en calma, el *Argelés* experimentaba algún balanceo, debido al oleaje, del que la antigua balsa no está completamente libre por el rompeolas de quinientos metros construido a algunas encabladuras del paso.

—Si estando en el puerto sentimos el mareo —respondió el señor Desirandelle—, mejor hubiera sido no emprender este viaje.

—¿Cree, pues, el señor Desirandelle que, si no se tratase de Agatocles, hubiera yo consentido en él?

—Entonces, puesto que está decidido...

—Eso no es una razón para embarcarnos antes de tiempo.

—Pero —observó el señor Desirandelle— sólo tenemos el suficiente para colocar nuestro equipaje, tomar posesión de nuestro camarote y elegir nuestro sitio en el comedor.

—Bien; advierte —respondió la dama secamente— que el señor Dardentor no ha llegado aún.

Y se enderezaba, a fin de extender su campo visual recorriendo con la mirada el muelle de Frontignan. Pero el personaje designado con el resplandeciente nombre de Dardentor no aparecía.

—¡Eh! —exclamó el señor Desirandelle—. Ya sabes que Dardentor no hace lo que los demás... No le veremos hasta el último momento... Siempre se expone que se parta sin él.

—¡Y si ahora ocurriese tal cosa! —exclamó la señora de Desirandelle.

—¡No sería la primera vez!

—¿Porqué ha abandonado la fonda antes que nosotros?

—Iba, querida, a visitar a Pigorin, un viejo tonelero amigo suyo, y ha prometido que se reuniría con nosotros en el barco. Así que llegue subirá a bordo, y estoy seguro que no tendrá tiempo de resfriarse en el muelle.

—Pero no ha llegado.

—No tardará —replicó el señor Desirandelle, que se dirigió hacia el puentecillo.

—¿Qué piensas tú? —preguntó la señora de Desirandelle a su hijo.

Agatocles no pensaba nada, por la sencilla razón de que nunca lo hacía. ¿Porqué había de interesarse en aquel movimiento marítimo y comercial, transporte de mercancías, embarque de pasajeros, en la agitación de a bordo que precede a la marcha de un paquebote? Empezar un viaje por mar, explorar un país nuevo, no provocaba en él esa alegre curiosidad, esa instintiva emoción tan natural en los jóvenes de su edad. Indiferente a todo, extraño a todo, apático, sin imaginación ni talento, se dejaba hacer. Su padre le había dicho: «Vamos a partir para Orán», y él había respondido:

«¡Ah!». Su madre le había dicho: «El señor Dardentor ha prometido acompañarnos», y él había respondido: «¡Ah!».

Ambos le habían dicho: «Vamos a permanecer algunas semanas en casa de la señora Elissane y su hija, a las que tú has conocido en su último viaje a Perpignan», y él había respondido: «¡Ah!». Esta interjección sirve de ordinario para indicar la alegría, el dolor, la admiración, la lástima, la impaciencia; pero en boca de Agatocles hubiera sido difícil decir

lo que indicaba, sino la nulidad en la estupidez y la estupidez en la nulidad.

Pero en el momento en que su madre acababa de preguntarle lo que pensaba sobre la oportunidad de subir a bordo, o de permanecer en el muelle, viendo que el señor Desirandelle ponía el pie en el puentecillo, Agatocles había seguido a su padre, con lo que la señora de Desirandelle se decidió a embarcarse.

Los dos jóvenes se habían ya instalado, en la toldilla de la embarcación. La agitación que allí reinaba les divertía. La aparición de tal o cual compañero de viaje hacía nacer en su espíritu ésta o la otra reflexión, según el tipo de los individuos. La hora de la partida se aproximaba.

El silbido del vapor desgarraba el aire. El humo, más abundante, se aglomeraba en el final de la chimenea, muy cercana al palo mayor, que había sido cubierto con su funda amarillenta.

La mayor parte de los pasajeros del *Argelés* eran de nacionalidad francesa, que regresaban a Argelia. Soldados que iban a unirse a su regimiento, algunos árabes y algunos marroquíes con destino a Orán. Estos últimos, desde que ponían el pie sobre el puente, se dirigían a la parte reservada a los viajeros de segunda clase. En la popa se reunían los de la primera, para los que estaban destinados exclusivamente la toldilla, el salón y el comedor, que ocupaban el interior, recibiendo luz por una elegante claraboya. Los camarotes la recibían por medio de tragaluces de gruesos cristales lenticulares. Evidentemente, el *Argelés* no ofrecía ni el lujo, ni la comodidad de los navíos de la Compañía Transatlántica o de las Mensajerías marítimas. Los vapores que parten de Marsella para Argelia son de más toneladas, de marcha más rápida, de más propia distribución. Pero cuando se trata de una travesía tan corta, no hay que mostrarse exigentes. Y en realidad, al servicio de Cette a Orán, que funcionaba a precios menos elevados, no le faltaban ni viajeros ni mercancías.



Aquel día, si bien había unos sesenta pasajeros en la proa, no parecía que los de popa debieran pasar de la cifra